XVI.

LA ARAÑA, LA INDUSTRIA, LA HUELGA.

Antes de pasar á describir los insectos que dejamos para el último libro de la presente obra, ocupémonos aquí de un solitario.

Superior é inferior al insecto, la araña se diferencia de éste por su organizacion y se le asemeja por sus instintos, las necesidades y la alimentacion.

Sér grandemente determinado en todos sentidos, encuéntrase separada de las grandes clases y como aparte en la creacion.

En los abundantes países de los trópicos, donde hay tanta caza, la araña vive en sociedad. Las hay que tienden alrededor de los árboles una vasta red comun, cuyas avenidas guardan perfectamente acordes. Todavía hacen mas, pues teniendo á menudo que luchar con poderosos insectos y hasta con cierta clase de pajaritos, todas afrontan el peligro y se prestan ayuda.

Empero esa vida sociable es del todo excepcional,

limitada á ciertas especies, á los climas mas favorecidos. En cualquier otro punto la araña, por la fatalidad de su vida, de su organismo, tiene el carácter de cazadora, de salvaje que, viviendo de incierta presa, se mantiene envidiosa, desconfiada, exclusiva y solitaria.

Añadid que no es como el cazador ordinario que sale del paso con sus carreras, sus esfuerzos y su actividad. La caza que practica es costosa, si se me permite expresarme así, y exige un contínuo dispendio. Todos los dias, á cada hora, de su propia sustancia ha de sacar el elemento necesario para la red que le procurará el alimento y renovará su subsistencia. Por lo tanto, hambrea para alimentarse, agota sus fuerzas para rehacerse, enflaquece con la esperanza incierta de engordar. Su vida es un juego de azar, expuesto á mil contingencias imprevistas. Todo esto hace de ella un sér inquieto, nada simpático á sus semejantes, en los que ve rivales; en fin, hay que decirlo, es un animal fatalmente egoista. Si no lo fuera, pereceria.

Su fealdad innata es lo que mas la perjudica. No es la araña de aquellos séres que, feos á la simple vista, se rehabilitan cuando se les contempla con el microscopio. La asídua especialidad del oficio,—ejemplo tenemos en los hombres,—atrofia este miembro, exagera aquél, excluyendo la armonía: muchos herreros son jorobados. Por esto la araña es ventruda. En ella la Naturaleza hálo sacrificado todo al oficio, á la necesidad, al aparato industrial que satisfará dicha necesidad; siendo á la vez soguero, hilandero y tejedor. No hay que fijarse en su facha sino en el producto de su arte, puesto que no sólo es un hilador,— mas una hilandería. Concentrada y circular, con ocho patas

alrededor del cuerpo y ocho ojos vigilantes encima de la cabeza, sorprende por la prominencia excéntrica de un vientre enorme. Rasgo innoble, en el que el observador atento no veria otra cosa que glotonería. ¡Ah! precisamente es todo lo contrario: ese vientre sírvela de taller, de almacen, de bolsa donde el soguero mantiene la materia del hilo que divide; mas como esta bolsa sólo la llena de su propia sustancia, si engorda es á costa de sí misma, á fuerza de sobriedad. Y veréisla á menudo, ética en lo restante de su cuerpo, conservar siempre hinchado ese tesoro do está el elemento indispensable del trabajo, la esperanza de su industria, y su única probabilidad en el porvenir. Tipo verdadero del industrial. «Si hoy ayuno, dice, tal vez mañana comeré; empero si se para mi fábrica, todo se acabó, mi estómago debe holgar, ayunar un dia y otro dia.»

Mis primeras relaciones con la araña no fueron muy agradables. Durante mi precaria infancia, cuando yo era el único que trabajaba (segun conté en *El Pueblo*) en la imprenta de mi padre, entónces arruinada y desierta, temporalmente habia sido instalado el taller en una especie de subterráneo bastante claro (subterráneo por el lado del boulevard y piso al nivel de la calle Baja). Al medio dia el sol venia á alegrar un poco, colándose por una ancha lumbrera enrejada, la sombría caja donde yo componia; y entónces, en el ángulo de la pared veia claramente una prudente araña que, suponiendo que el rayo solar la traeria para su almuerzo algun atolondrado mosquito, se acercaba á mis cajetines. Dicho rayo, que no caia en su ángulo sino mas cerca de donde yo estaba, era para ella una tentacion natural que la hacia acercár-

seme. A pesar de la instintiva repugnancia que aquel sér me causaba, admiré siempre la medida progresiva de tímida, lenta y discreta experimentacion con que se aseguraba del carácter de aquél á quien se veia obligada á confiar casi su vida. Mirábame la pobre con los ocho ojos que la diera naturaleza, y establecia el siguiente problema: «¿No será éste un enemigo?»

Sin analizar su rostro ni ver bien sus ojos, comprendia que me miraba y observaba; aparentemente la observacion fueme á la larga muy favorable. Tal vez merced al instinto del trabajo (tan grande en los séres de su especie) comprendió que yo era un trabajador pacífico, tan ocupado como ella en aquellos momentos en tejer mi tela. Sea como fuere, lo cierto es que se dejó de ambajes y de precauciones: con viva decision, como si intentara dar un paso atrevido y un tanto arriesgado, y no sin cierta gracia, se escurrió por su hilo, colocándose resueltamente sobre la frontera á entrambos, en el borde de mi caja, favorecida entónces por un dorado y pálido rayo de sol.

Mi corazon fluctuaba entre dos sentimientos contrarios. Confieso que no era de mi gusto trato tan íntimo; el rostro de semejante amiga me complacia poco: y por otra parte, ese sér prudente, observador, que por cierto no acostumbraba á prodigar su confianza, habia acudido á mi lado para decirme: «¡Vamos! ¿por qué he de privarme de participar de tu rayo de sol?... Aunque tan distintos los dos, con todo la necesidad del trabajo y la fria oscuridad nos induce á tí y á mí á calentarnos en ese vivificador festin de luz... Acepta el corazon que te entrego y fraternicemos. El rayo de sol que conmigo compartes, te lo doy, guárdalo... Dentro de medio siglo ha de alumbrar todavía el invierno de tu vida.»

Como la negra hechicerita me hablaba en su idioma quedo, muy quedo, en voz casi imperceptible (así hablan las arañas), conservé un vago recuerdo de ella. Sin embargo, el asunto sólo estaba adormecido en mi interior; despues se despertó momentáneamente en 1840, volviendo á quedar dormido hasta esta fecha (15 de mayo de 1857), que por vez primera acabo de explicarlo y estamparlo en el papel.

En 1840, despues de perder á un miembro de mi familia, pasé la época de las vacaciones en Paris, y casi todo el santo dia paseábame solo por mi jardinillo de la calle del Correo. Mis allegados vivian en el campo. Maquinalmente empecé á mirar las lindas estrellas concéntricas que hacian las arañas alrededor de mis árboles, remendándolas y volviéndolas á fabricar sin cesar con loable industria, dándose un trabajo inmenso para guardar la poca fruta que me quedaba y las uvas, aliviándome al paso de la importunidad de las moscas y de las punzadas de los mosquitos. Ellas trajeron á mi memoria la negra araña doméstica que, en mi infancia, entabló conversacion conmigo. Éstas eran muy diferentes. Hijas del aire y de la luz, expuestas siempre, constantemente ojo alerta, sin mas abrigo que una hoja donde es fácil agarrarlas, no les era dado observar las reservas, la diplomacia de mi antigua conocida. Su trabajo estaba á la vista, sus pequeños misterios se los llevaba el viento y su persona encontrábase á merced de todo el mundo: no tenian mas auxilio que la compasion ó los servicios tan positivos que prestan,—el interés bien entendido.

Las que cuelgan de las ramas de los árboles así

como las que se instalan en las ventanas, ponen todo su cuidado en mantenerse en sitio donde dé el aire, para apoderarse de los insectos, ó al paso del rayo luminoso que atraerá al mosquito. La tela no cae aplomada, puesto que así sólo se obtendria una corriente: la araña, consumado marino, la da una gran oblicuidad, que la permite recibir dos corrientes ó mas.

Al extremo de su abdómen, cuatro hileras ó pezones se alargan ó encogen (lo mismo que los gemelos de teatro), y lanzan, con su movimiento, una nubecilla que se ensancha por momentos. Dicha nube la constituyen hilos de una tenuidad infinita; cada pezon secreta un millar de ellos, y uniéndose los cuatro constituyen con sus cuatro mil hilitos una sola soga, bastante resistente, que servirá á la fabricacion de la tela.

Tened presente que los hilos del inteligente fabricante no son de idéntica naturaleza, sino de calidad y fuerza distintas, segun su destino. Los hay secos para urdir y viscosos para pegar. Los del nido destinado á recibir á los hijitos son una especie de algodon, y los que han de proteger el capullo donde están los huevos tienen la resistencia necesaria para su seguridad.

Cuando ha suministrado la araña bastantes hilos para empezar la tela, déjase deslizar de un punto elevado y devana su madeja, permaneciendo colgada; en seguida vuelve á subir al punto do partiera con el auxilio de su diminuto cordaje, y se inclina hácia otro punto, trazando de esta suerte una série de rayos que parten todos de un mismo centro.

Urdida la cadena, se ocupa en fabricar la trama entrecruzando el hilo. Corriendo de rayo en rayo, toca cada una de sus hileras que sujetan en aquéllos el hilo circular. El conjunto no es un tejido apretado, sino

verdadera red, de tales proporciones geométricas que todas las mallas del círculo son exactamente iguales en tamaño.

Esa tela, producto de la araña, viva y vibrante, mas que un instrumento constituye parte de su mismo sér. De forma circular el animal, parece como que se extiende en ese círculo y prolonga los filamentos de sus nervios en los hilos radiantes que urde. Su mayor fuerza para el ataque y la defensa está en el centro de la tela: fuera de ahí es tímida; una mosca haríala retroceder. Dicha tela tambien es para ella un telégrafo eléctrico que siente el menor contacto, le indica la presencia de la caza imperceptible, casi imponderable; y al propio tiempo, como es un tanto viscosa, le retiene dicha presa, al paso que retarda y sirve de barrera á enemigos peligrosos.

Si sopla la brisa, como la contínua agitacion de la tela impediríala darse cuenta de lo que pasa, entónces se mantiene en el centro. En tiempo ordinario se instala allí cerca, bajo una hoja, para no espantar al prisionero ó que ella misma no sea pasto de sus numerosos enemigos.

La araña se distingue mas por su prudencia y resigcion que por sus brios. La experiencia le sobra: se ha visto en grandes trabajos y desventuras y está muy habituada á las vicisitudes de la suerte para mostrarse audaz. De todo tiene miedo, hasta de una hormiga. Ésta, á menudo exaltada de cascos, inquieta y agreste rondadora que nada teme, á veces se obstina en explorar esa tela que para nada le sirve. Entónces la araña le cede el puesto, sea que tema el contacto del ácido de la hormiga, que arde como el ácido nítrico, sea que cual buena trabajadora calcule que una lucha pro-

longada y difícil le haria perder mas tiempo del que necesita para fabricar otra tela. Así pues, sin susceptibilidad ninguna, deja á la hormiga pavonearse en su obra y se instala á pocos pasos de allí.

Todo en el mundo vive de botin. La naturaleza va devorándose á sí misma; mas la presa no siempre se compra y obtiene al precio de una industria paciente, digna de respeto. Sin embargo, no hay ningun otro sér que sea mas que éste el juguete de la suerte. Como todo buen trabajador, le concede doble cebo, esto es, su obra y su propia persona. Un sinnúmero de insectos, el cárabo matador, la nadadora, elegante y magnífica asesina, no poseen mas que su cuerpo y sus armas, y pasan alegremente la vida derramando la sangre de sus semejantes. Otros son dueños de asilos seguros, muy fáciles de defender, donde están casi á salvo de todo peligro. La araña de los campos no disfruta de esas ventajas, encontrándose en la situacion del industrial establecido que, gracias á sus pequeños ahorros, se convierte en víctima de la codicia ó del insulto. El lagarto por abajo y la ardilla por arriba hostigan al débil cazador. El inerte sapo le flecha su lengua viscosa que la deja pegada é inmóvil; el gran entretenimiento de la golondrina consiste en aprisionar con su pico á la araña y á su tela, y todos los pájaros la consideran como manjar delicado ó medicamento excelente. Hasta el mismo ruiseñor, que como todos los grandes cantores observa las reglas de la higiene, de vez en cuando se purga con una araña.

Aunque no fuera engullida ella misma, si perece el instrumento de su oficio, mal parada está. Si la tela queda destruida, el ayuno un poco prolongado la priva de suministrar hilo y no tarda en morirse de hambre.

Vése encerrada contínuamente en ese círculo vicioso: para hilar debe comer, y viceversa. Dicho hilo equivale para ella al de la Parca, al del destino.

En una ocasion hicimos la prueba de quitar tres veces consecutivas la tela á una araña. Otras tantas en el trascurso de seis horas volvió á fabricarla con admirable paciencia y sin desesperarse. Experiencia harto cruel, que con frecuencia nos hemos echado en cara. Vénse gran número de esas infortunadas que huelgan por un motivo semejante, estando harto gastadas ya para levantar su industria. Las contemplais, esqueletos vivos, ensayando en vano otro oficio en el cual son muy poco duchas, al paso que envidian las largas patas de otros séres que se ganan la vida á la carrera.

Cuando se habla de la avidez glotona de la araña, nadie se acuerda de que ha de comer doblemente ó perecer, esto es, comer para rehacer su cuerpo, comer para rehacer su hilo.

Tres cosas contribuyen á arruinarla: el ardor del incesante trabajo, la susceptibilidad nerviosa, viva en ella hasta el último extremo, y por último, su doble sistema de respiracion; pues no sólo tiene la respiracion pasiva del insecto que recibe el aire por sus estígmatos, sino que además cuenta con una á modo de respiracion activa, análoga al juego de los pulmones en los animales superiores. Aspira el aire y se apodera de él, lo trasforma y descompone, renovándolo incesantemente. Nada mas que con ver sus movimientos se presiente que es algo mas que un insecto: el flujo vital ha de correr en ella con rápida circulacion, el corazon latirá bien distintamente que entre las moscas ó las mariposas.

Superioridad evidente, pero peligro no menos se-

guro. El insecto desafia impunemente los miasmas mefíticos, los olores fuertes: la araña no los resiste. Herida en el acto, cae en convulsiones, se agita y espira. Presenciélo una vez en Lucerna: el cloroformo que por espacio de quince dias no habia logrado matar á una cometa, al primer contacto hirió de muerte á una araña. Era ésta de gran tamaño y la veia ocupada en sacrificar á un mosquito. Queriendo observarla, arrojé sobre ella una sola gota. El efecto fue terrible. Si hubiese sido un sér humano el asfixiado, la escena no fuera mas conmovedora: cayóse, se volvió á levantar y luego se rindió. Faltóle toda clase de apoyo, encontrándose sus miembros como desarticulados. Hubo un momento patético, y fue cuando apareció la fecundidad de su seno. En el estertor de la muerte sus pezones dejaron libre la nubecilla de tela, de suerte que se hubiera creido que al morir todavía se disponia á trabajar.

Dicha escena me entristeció, y esperando que tal vez el aire le devolviera la vida, dejéla en mi ventana; mas ya no era la misma. Ignoro cómo aconteció, pero lo cierto es que se habia evaporado casi, no presentando mas que un esqueleto anatómico. Su eclipsada sustancia sólo dejaba una ténue sombra. El viento se la llevó y fué á parar al lago.

XVII.

LA CASA DE LA ARAÑA, SUS AMORES.

La araña deja muy atrás á todos los insectos solitarios. No sólo tiene el nido, el punto de espera, la estacion pasajera de caza, sino que además posee (á lo menos ciertas especies) una vivienda regular, verdadera casa muy complicada, consistente en vestíbulo y alcoba, con una salida por la parte de atrás, y por último la puerta, para que nada falte, puerta fabricada de manera que se cierra sola, cayendo por su propio peso.

¡La puerta! hé aquí lo que falta hasta en las grandes ciudades de las abejas y las hormigas: esas repúblicas industriosas no han llegado todavía á tal grado de perfeccion.

Las hormigas guardan con corta diferencia la misma condicion que la mayoría del pueblo africano. Todas las noches cierran su vivienda por medio del trabajo inmenso y renovado sin cesar de una cerca con